

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923-24 LUNES 24 DE SEPTIEMBRE

18-20

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Thomas Carlyle

Por las calles de Chelsea, caminaba siempre solo, siempre pensativo, Thomas Carlyle. En sus paseos, se avivaban sus ideas, y el apartamiento lo afirmaba más y más en sus creencias y lo alejaba más y más del vulgo y de los *snobs* universitarios. Fanático entre los fanáticos, tuvo que luchar intensamente para ser tolerado siquiera, ya que en su patria triunfan casi siempre lo mediocre y lo convencional, y nada más contrario a las convenciones, a las hipocresías y las modas que el espíritu robusto y apasionado de Carlyle.

Fué un original; Rubén Darío hubiera dicho un raro. Por su singularidad se hizo notable entre los suyos. Cuando se comentaban sus actos, los cachazudos burgueses decían alzando los hombros, «cosas de Carlyle». Ningún elogio más alto le podían haber rendido tales individuos, apegados a los formulismos, incapaces de romper la más insignificante regla. Cuando ellos alcanzan a ver que alguno tiene cosas, es que al que tachan de extravagante tiene personalidad propia, rareza, valor; que en él hay rebeldía contra el medio convencional y tibio, monótono y opaco. Es el mejor elogio que pueden otorgarle.

Carlyle fué un fanático y un raro, es decir, un fuerte, un vigoroso pensador, un infatigable artista de la pluma, un creyente en su obra. Lo único que le importaba era cumplir la tarea que se había impuesto. Su fanatismo le hacía sacar fuerzas insospechadas de su flaqueza. Era un enfermo, pero sabía cómo vencer su pertinaz dolencia.

En medio de las crisis más agudas, pudo labrar las páginas más bellas de su libro sobre la revolución francesa. Su fanatismo prestaba entereza incomparable a todos sus

libros y le hacía escribir tan sólo lo que necesitaba decir. No formó una página inútil. No dijo nada opuesto a su fe. Algunos juzgarán equivocada la filosofía de Carlyle, otros peligrosa, poco práctica los más; pero ninguno, puede calificarla de insincera o tachar al filósofo de falso. Era simplemente un fanático y casi todas las grandes obras son de apasionados.

Carlyle era un artífice de la prosa. En raras ocasiones, la fuerza de la idea, el pensamiento apasionado hasta la furia lo hacían caer en exageracio-

nes de mal gusto. En el *Sartor Resartus*, por ejemplo, abundan las figuras grotescas, que, sin embargo, son muy pronto olvidadas bajo el encanto del ritmo grandioso y la frescura musical de esa prosa que enseñó a Ruskin los secretos del estilo, aunque sin hacerlo partícipe de su vigor. Symonds, en brillante paradoja, dice que las frases de Ruskin son los platillos de la orquesta de Carlyle.

Lo único que preocupaba al filósofo inglés era cumplir con su misión, ya que su misticismo le hacía creer en ella con la seguridad de que solamente gozan los apóstoles y los profetas. Absorbido en su tarea, no le restaba tiempo para nada más. A su mujer la utilizaba con un egoísmo que a los

respetables ingleses pareció abominable, al grado de olvidar los méritos del escritor junto a las faltas del esposo. Su mujer era, para él, amanuense devota, compañera fidelísima, administradora de su corto caudal y de su hogar humilde, mas nunca fué para Carlyle sino una hermana. El profetismo de Carlyle hizo de él un gran casto. La labor literaria, verdadero sacerdocio para Carlyle, hizo que no atendiera sino a ella, y subordinaba su esposa a su tarea. No podía apasionarse su corazón sino por una cosa, ya que era de fanático, y la literatura era la real amante de Carlyle, y es bien sabido que los hombres prefieren siempre a sus amantes. Por eso Stevenson, humano y previsor, no aconseja a las doncellas que lleven al altar a literatos. Además, era Carlyle un genio y ninguna senda más espinosa que la que tienen que seguir las mujeres de los semidioses. Si ellos sufren, ellas padecen más; si difícil es la misión de los genios, mayor la de sus esposas. Aunque sea incómodo ser genio, resulta más molesto ser esposa de un genio. Pocas mujeres han tenido que soportar más sinsabores que las de Tolstoi y Carlyle. Pagaron



THOMAS CARLYLE

(Del cuadro de Sir JOHN MILLAIS).